

Texto 3.3.: Máximo G. Yagupsky, Prólogo del Traductor del Sidur (1980)¹²⁰.

El *Sidur* es el libro de uso indispensable en la liturgia judía. Después de la Biblia, quizás sea el libro más sagrado de los judíos. Es que para el judío, cualquiera sea el grado de su fe religiosa, el devocionario representa algo más que una mera compilación de plegarias y meditaciones piadosas. Es, en cierto modo, el puente espiritual entre el hombre y su Dios; o si se prefiere, el manantial de aguas vivas en las que el alma se baña, día a día, para expurgar sus escorias humanas y remansarse en los recuerdos de su historia. Inmerso en los textos de ese breviario que datan de diversos tiempos, el judío se mira con entera nitidez en el espejo de su propia identidad, se siente más afirmado en su integridad moral y más seguro de sí mismo para afrontar con decisión y coraje los desafíos del mañana incierto. Imbuído de los himnos de gloria, de los elegíacos cantares y de las plegarias que trasuntan los anhelos y esperanzas que impregnan al credo judío, le brotan de las más íntimas profundidades, de las cárcavas recónditas del alma, un vibrante *Amén* con resonancia de ecos remotos.

Recorriendo con mente alerta esas páginas, vestidas de lenguaje sencillo, tocado de rara belleza, con la variedad de salmos que le hacen de pórtico, en torno de los cuales se aglutinan rogativas y plegarias de diverso tenor, se tiene la evidencia de que todo el contenido de ese libro singular es roca desprendida del macizo bíblico que ha venido rodando hasta aquí desde las estribaciones del Sinaí.

“El hombre, al rezar, no debe pedir a Dios para sí únicamente –dice el Talmud en su tratado *Berajot*– sino que debe pedir para los demás también; de aquí que ha de valerse, en sus rogativas, de la forma plural, como ser “ayúdanos” y no “ayúdame”. Visto desde este ángulo, el *Sidur* obra también como lazo de hermanación judía. Por consiguiente, frecuentarlo en el ámbito sinagoga es fomentar la comunión espiritual por cuya virtud se hace presente lo que en la tradición dio en llamar la *Shejiná*; esto es, la divina presencia. En tales circunstancias, dice la *Agadá*, Dios reza con nosotros, “implorándose a sí mismo un poco más de indulgencia que de justicia”. Explícate, de esta suerte, por qué la *Tefilá*, el rezo, mejor dicho, el “hablar con Dios”, ocupe tan alto rango en la tradición judía. Preciso es recordar, empero, que el estudio goza de mayor preeminencia aún en su escala de valores; cosa ésta que la liturgia lo ha previsto al incluir en el devocionario tanto pasajes talmúdicos y tantos episodios bíblicos de incuestionable trascendencia doctrinaria.

Se sigue, pues, que para alcanzar el hondo sentido espiritual del *Sidur* en la vida judía, es preciso leer sus oraciones con *Kavaná*, voz hebrea que significa unción, sin la cual, al decir del sabio Bahya ben Pakuda (siglo XI) la plegaria se torna mera hojarasca. Los *Jasidim* recomiendan dotar a los rezos de *Hitlahavut* y *Deveikut*, entusiasmo y consustanciación con la divinidad; de manera que el oficio litúrgico sea la manifestación cabal del alma de un pueblo que habla a su Dios con la llaneza familiar de “Tú-Nosotros”, invocando a cada paso los merecimientos paternos y recordando, en cada hito del camino, las promesas mutuamente contraídas.

¹²⁰ Máximo G. Yagupsky, Prólogo del Traductor, en: *Sidur. Devocionario Judío*, Congregación Israelita de la República Argentina, Buenos Aires, 1980, pp. IX-X.